



Zeev Sternhell y la controversia en torno a un enigma: el fascismo en positivo.

Álvaro Ferrary
Universidad de Navarra

Apenas existe un término de utilización tan amplia, y de significación más controvertida –y, al final, también tan imprecisa– como el de fascismo. Parece tratarse de una palabra mucho más apta para la diatriba política– nadie ignora su connotación negativa, ni su fuerza expresiva fuertemente descalificadora– que para el análisis sereno de los fenómenos políticos de nuestro tiempo o de tiempos ya pasados –pero aún recientes en nuestra memoria. De la poca virtualidad discriminadora del término, de su escasa claridad conceptual, es demostrativo el uso profuso de que ha sido objeto en los últimos años. Se ha utilizado de manera insistente para calificar *similarmemente* al variopinto conjunto de organizaciones neo-populistas que han ido aflorando, por muy diversas razones –así como en función de muy diversos factores y circunstancias–, en distintos países de Europa; desde los lepenistas, en Francia, pasando por los post-misinos italianos de la Alleanza Nazionale o por el Partido de la Libertad de Joerg Haider en Austria, hasta acabar –sin ser exhaustivos– en el ascendente Partido Danés del Pueblo o en la victoriosa Lijst Pim Fortuyn en Holanda.

Todos sabemos muy bien qué se quiere dar a entender mediante el empleo en cualquier ámbito o foro del vocablo fascista. Sin embargo, de lo que ya no estamos tan seguros es de cuáles son los rasgos más específicos del fenómeno al cual queremos aludir. Tampoco sabríamos muy bien determinar en qué orden habría que situar dichos rasgos o si es que existe algo así como un orden. Al final incluso podríamos llegar a preguntarnos si acaso alguna vez existió en la realidad un fenómeno político global que se corresponda con la negatividad sublime que nos evoca la palabra (al margen, claro está, de la *excepcionalidad* alemana durante los años del Tercer Reich). La consecuencia resulta inevitable. Cuando se habla de fascismo –sobre todo cuando se intenta hacerlo con un mínimo de rigor– la sensación habitual es la de adentrarse en un territorio minado. Tal es el poder evocador o la carga emocional de la palabra; tal es –a su vez– su extremada debilidad

discriminadora –cosa, esta última, que contrasta con la universalidad de su empleo–¹.

Como concepto o categoría de análisis de la realidad la significación del vocablo fascismo –lo que este término significa y engloba– nunca ha estado muy claro. Cuando –como ha escrito Zeev Sternhell – “[...] Mussolini y Léon Blum, Franklin D. Roosevelt, Franco y José Antonio, Codreanu, Pilsudski, Henri de Man, Joseph McCarthy, y Charles de Gaulle han sido cada uno por su parte etiquetados como fascistas, ¿qué puede entonces el fascismo significar? Y en la medida que los socialistas han sido considerados como social-fascistas por los comunistas, que los Junkers prusianos, los conservadores italianos, o el movimiento francés la Croix-de-Feu han sido designados fascistas por la misma gente a quienes Togliatti, Thorez, y Thilmann denunciaron como fascistas, ¿cómo entonces puede ser posible, incluso para la mayoría de gente políticamente instruida, discernir lo que el fascismo realmente significó?”

¿Cómo, entonces, podemos pretender que los demás sean capaces de captar de inmediato de qué nos ocupamos *precisamente* cuando declaramos que nuestro campo de interés, o bien de investigación y de estudio se centra en el fascismo? Lo normal es que ante una declaración de este tipo un hipotético interlocutor reaccione de manera natural preguntándonos “¿qué entendemos nosotros por el fascismo?”, y que, seguidamente, éste –por su parte– nos exponga su forma personal –esto es desde su propia subjetividad– de comprender la cuestión. En pocas palabras: a una escala reducida – si

¹ No nos deberían extrañar la conclusión a la que llega Paul Preston cuando, refiriéndose a la contribución del mundo académico al debate sobre la naturaleza del fascismo, dice: “the study of fascism becomes every year a more daunting and bewildering task”. Paul PRESTON, “Reading History: Fascism” en *History Today* (septiembre), vol.35, 1985, p. 46.

Sobre este asunto aún continúan vigentes las observaciones críticas lanzadas por Alexander ALLARDYCE. Autor, este último, para quien carecería de sentido hablar de fascismo fuera de Italia. Ver, a este respecto, “What fascism is not: thoughts on the deflation of a concept”, en *The American Historical Review*, vol. 84, nº 2, 1979, pp. 367-398.

² Zeev STERNHELL, “Fascist Ideology” en Walter LAQUEUR (ed.), *Fascism. A Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1976, p. 315.

bien, también habría que añadir que *inevitablemente*– el debate sobre el *fascismo* habría dado una vez más comienzo.

1. El debate sobre el fascismo

Tal vez resulte oportuno comenzar a tratar ese controvertido debate a partir de la siguiente declaración:

“Although enormous amounts of research time and mental energy have been put into the study of it... fascism has stubbornly remained the great conundrum for students of the twentieth century.”³

Eso fue lo que escribió ya hace unas cuantas décadas R. A. H. Robinson. A estas palabras añadió, diez años después, Roger Griffin, la siguiente constatación⁴:

“Such is the welter of divergent opinion surrounding the term that it is almost *de rigueur* to open contributions to the debate on fascism with some such declaration.”

Como ya señaló J. Huizinga en 1956, desde el mismo momento en que afloró como un concepto aplicado al análisis de un conjunto de fenómenos políticos contemporáneos –y no sólo, ni principalmente, entendido como el nombre del movimiento político dirigido en Italia por Mussolini entre marzo de 1919 y abril de 1945–, circunstancia producida en los primeros años de la década de los veinte, el término *fascismo* comenzó a ser objeto de un proceso intenso de *inflación*. El paso de los años no ha contribuido a aliviar esa situación. En los más de cuarenta años transcurridos desde entonces hasta hoy, el *fascismo* –como todos sabemos– ha dado lugar a una imponente cascada de estudios a partir de ángulos y enfoques muy diversos. Sin embargo, como concepto, el término *fascismo* no ha ganado ni en claridad ni en precisión. De esto último no es sólo causa la inflación antes aludida. A ese proceso –ha señalado Griffin– se ha añadido un elemento mayor de confusión producto de lo que, echando mano de un préstamo lingüístico

³ *Fascism in Europe*, Londres, The Historical Association, 1981 p.1 (la traducción al español de esta cita es nuestra).

⁴ Roger GRIFFIN, *The Nature of Fascism*, Londres, Pinter Publishers, 1991, p. 1.

procedente del inglés comercial, el citado autor ha calificado como un problema de *diversification*; esto es, cada autor que ha dirigido algún esfuerzo a definir el fascismo ha tendido, por diversas razones, a añadirle una connotación o significación propia y distintiva⁵.

Un corolario directo de ese proceso de diversificación –que se caracteriza por la afloración de evaluaciones tan numerosas de la cuestión como divergentes entre sí– ha sido la conversión del fascismo en todo un confuso *labyrinth conceptual*, en cuyas intersecciones se ven atrapados muy habitualmente los estudiantes y también los especialistas. Los intentos, cada vez más frecuentes, de proporcionar alguna luz mediante la publicación de guías dirigidas a procurar alguna orientación en las agitadas aguas de este debate no han hecho sino añadir todavía mayor confusión [por ejemplo, Nolte, 1967; Gregor, 1969 y 1974; Kitchen, 1976; Leeden, 1976; De Felice, 1977; Carsten, 1979; Hagtvét y Kühnl, 1980; Payne, 1980 y 1985; Revelli, 1981]⁶. En buena medida estos intentos no han ido más allá de dejar

⁵ Ver GRIFFIN, *The Nature of Fascism...*, pp. 1 y ss.

Como dice este autor, en relación al término inflación acuñado por Huizinga en 1956 [“Historical conceptualization”, en F. STERN (ed.), *Varieties of History*, Nueva York, World Publishing Company, 1956], “(...) in the case of words this means that they are used to embrace more and more phenomena and so progressively lose their discriminating power: the ‘blank term’ or ‘conceptual hold-all’ is born” (p. 1).

También resulta de interés la lectura de la contribución del mismo autor [“Revolution from the Right: Fascism”] a David PARKER (ed.), *Revolutions and Revolutionary Tradition in the West 1560-1989*, Londres, Nueva York, Routledge, 1999.

⁶ E. NOLTE, *Theorien über den Faschismus*, Cologne, Kiepenhauer un Witsch, 1967; A. J. GREGOR, *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism*, Nueva York, Free Press, 1969 y *Theories of Fascism*, Morristown (N.J.), General Learning Press, 1974; M. KITCHEN, *Fascism*, Londres, Macmillan, 1976; R. DE FELICE, y M. LEEDEN, *Fascism: An Informal Introduction to its Theories and Practices*, New Brunswick (N.J.), Transaction, 1976; R. DE FELICE, *Interpretations of Fascism*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1977; F. L. CARSTEN, “Interpretations of fascism”, en Laqueur, W. (ed), *Fascism: A Reader's Guide*, Hamondsworth, The Penguin Press, 1979; B. HAGTVET, y R. KÜHNL, “Contemporary approaches to fascism: a survey to paradigms”, en U. LARSEN, B. HAGTVET, J. P. MYKLEBUST (eds), *Who were the Fascists?*, Oslo, Univeersitetsforlaget, 1980; S. G. PAYNE, *Fascism: Comparisons and Definitions*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press, 1980 y “Fascism, Nazism and Japanism” en *The International*

constancia de lo ya conocido: la existencia de un gran debate sin un centro claro, fácil de reconocer; un debate donde abundan las ramas más variopintas y multiformes pero donde apenas resulta posible percibir la existencia de un tronco común. Un ejemplo *paradigmático*, relativamente reciente, lo podemos encontrar en el *Dictionnaire historique des fascismes et du nazisme* (Bruxelles, Editions Complexes, 1992). Ante la imposibilidad de contar con una definición “universalmente admitida de fascismo” –circunstancia, esta última, que Serge Bernstein y Pierre Milza –sus dos editores– juzgan de “una evidencia ante la cual hay que rendirse”–, se concluye que toda obra de referencia dedicada al fascismo debería evitar el establecimiento de “verdades dogmáticas” sobre una cuestión objeto de hondas polémicas intelectuales. En vez de verdades dogmáticas hay, pues, que resignarse a exponer puntos de vista inevitablemente personales o, en el mejor de los casos, “opciones de análisis” que, aun comportando una inevitable dosis de subjetividad, coincidan básicamente con otras opciones por lo menos mayoritarias. Esta última es, desde luego, la conclusión a la que llegan los dos citados autores y editores de esta obra. Pero –a fin de cuentas– ...¿a qué otra conclusión razonable llegar cuando –como refiere Rogger Griffin– un investigador de la talla de Robert Soucy, “[...] after more than two decades of outstanding work on French fascism, can still use it in a loose way which draws the charge from a colleague that he seriously confuses *basic issues*.”

History Review, vol. 6, nº2 (1984); M. REVELLI, “Fascismo: teorie e interpretazione”, en N. TRAFAGLIA, (ed.), *Il mondo contemporaneo. 2. Storia d'Europa*, Florencia, La Nuova Italia, 1981.

Otras obras más recientes que también abordan el tema desde el mismo o parecido ángulo de interrogación podrían ser las siguientes:

P. MILZA, *Les fascismes*, París, 1991; A. DE GRAND, *Fascist Italy and Nazi Germany: The 'Fascist' Style of Rule*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993; R. GRIFFIN, (ed.), *Fascism*, Oxford, Oxford University Press, 1995; W. LAQUEUR, *Fascism: Past, Present, Future*, Nueva York, Oxford University Press, 1996; S. G. PAYNE, *A History of Fascism, 1914-1945*, Madison (Wisconsin), University of Wisconsin Press, 1995.

Por su extraordinario interés también habría que citar las cartas cruzadas sobre esta cuestión entre dos historiadores de la talla de François FURET y Ernst NOLTE [*Fascismo y Comunismo*, Madrid, Alianza, 1999].

⁷ Ver D. R. WATSON, “Reviewing Soucy” en *History*, vol 73, nº 236 (cfr. GRIFFIN, *The 'Nature' of Fascism...*, p. 7).

Como se sabe, Robert SOUCY es autor, entre otros libros, de *Fascism in France: the Case of Maurice Barrès*, Berkeley, University of California Press, 1972; *French*

Pero... cabría preguntarse, ¿es sólo cuestión de meras *cuestiones básicas* –como parece sucederle, según parece, al citado Soucy– o más bien habría que decir que la controversia sobre el fascismo, lo que en realidad pone en serio riesgo es la obtención de respuestas a una de “las cuestiones mayores de una de las más poderosas fuerzas históricas que han modelado el siglo XX”?

Hacerse semejante interrogación no supone sino adentrarse todavía más profundamente en el laberinto del fascismo. La polémica del fascismo ha sido pródiga en suscitar numerosas y relevantes preguntas. Sólo es menester un rápido repaso siguiendo, por ejemplo, la estela de Roger Griffin⁸: ¿se encuentran relacionados entre sí el fascismo italiano y el nazismo; en cualquier caso se trata de dos manifestaciones de un mismo fenómeno más amplio?; ¿existe un “fascismo genérico” o no? En el caso que dicho fascismo genérico existiera, ¿se trata de algo confinado en Europa o –por el contrario– se podría hablar de un “fascismo ruso”, de un “fascismo japonés” o de un “fascismo sudamericano”?; ¿es el fascismo una realidad más bien difusa que hemos de poner en relación con la atmósfera de crisis ideológica, política, cultural, socio-económica del período de entreguerras? En el caso de ser así, ¿esa *era del fascismo* –como ha sido denominada por Ernst Nolte⁹– se extendería más allá de 1945 o no?; ¿cabe, pues, hablar con propiedad de algo semejante a un neo-fascismo? Las preguntas lanzadas al aire al calor de esta interminable controversia se multiplican: ¿cuál es la relación que se puede establecer entre fascismo y conservadurismo? Pero no sólo con esto último, también con el totalitarismo, con la derecha tradicional o neo-tradicional, con la revolución, con el socialismo, con el liberalismo, con la modernización o con el capitalismo... O bien –para acabar ya esta relación de preguntas–, ¿se podría asociar el fascismo con una etapa específica en la evolución del Estado-nación o, más bien, habría que referirse al fascismo desde la perspectiva de una predisposición psicológica de determinados grupos sociales? En cualquier caso, ¿habría que considerar el fascismo como un fenómeno de las clases medias o como un auténtico movimiento de masas?

Fascism: The First Wave, 1924-33, New Haven, Yale University Press, 1986 y de *French Fascism: The Second Wave, 1933-39*, New Haven, Yale University Press, 1995.

⁸ GRIFFIN, *The 'Nature' of Fascism...*, pp. 4 y ss.

⁹ Ver E. NOLTE, *Der Faschismus in seiner Epoche: Action Française, italienischer Faschismus, Nationalsozialismus*, Munich, Piper&Co, 1984.



La extraordinaria *inflación* de preguntas suscitadas en torno a la cuestión es enteramente proporcional a la asimismo extraordinaria *diversificación* de formas posibles de enfocar la cuestión y de darle respuesta. Todo ello sin embargo, más que contribuir a aclarar, lo que hace es exactamente lo contrario: refuerza la sensación de *enigma* que el tema posee. Pues el problema no radica en que, como toda *gran cuestión*—como se supone el fascismo representa—, se pueda —y se deba— encarar desde muy diversos ángulos. El “problema” cuando abordamos esta *gran cuestión* no es ése: consiste en la gran distorsión que produce no contar con un objeto de referencia suficientemente definido hacia el cuál dirigir nuestras preguntas y que determine su grado de pertinencia (o bien, claro está, de “impertinencia”), al margen —al parecer— de nuestra propia subjetividad. Dicho de otro modo, ¿cómo podemos estar seguros de que el tema objeto de nuestro estudio justifica el método o el modo que hemos elegido —a través lógicamente de preguntas— de encarar la cuestión o de penetrar en ella? ¿cómo poder establecer el grado de relevancia de las hipótesis que, asimismo a modo de preguntas, elaboramos a la hora de estudiar el fascismo? ¿cómo incluso estar seguros de que el estudio del fascismo merece gran atención porque, como se acaba de afirmar, se trata de una de las más poderosas fuerzas históricas modeladoras de la primera mitad del siglo XX?

El fascismo suscita tantas —y tan variadas— preguntas porque se trata de un rótulo enormemente ambiguo. Ese rótulo enmarca de manera muy fluida cuestiones muy diversas entre sí. ¿Cuáles? Resulta imposible saberlo de entrada; todo depende del significado que cada investigador o estudioso del tema haya decidido otorgar al término.

Nada de lo anterior, sin embargo, ocurre con otros *rótulos* tan amplios —si acaso no más todavía— como el de fascismo. En ningún caso, cuando nos enfrentamos al estudio de la Democracia, del Socialismo o del Liberalismo —a pesar de la gran complejidad de la cuestión, a pesar de las muy diversas maneras existentes de entrar en ella o de la gran diversidad de temas que cada una de estos conceptos implica—, tenemos la misma sensación de estar adentrándonos en un territorio casi completamente nublado por la indefinición y por la controversia.

Una conclusión —puede ser— que resulte extraíble de lo dicho hasta ahora: la *inflación* y la *diversificación* de la que actualmente adolecen las evaluaciones sobre el fascismo es una consecuencia del peso que ejerce la subjetividad a la hora de definir el objeto de estudio que la palabra implica —o bien, habría que decir, que cada uno estima que la palabra implica—. En este

sentido se podría seguir sosteniendo la declaración efectuada por Sternhell allá por 1976; esto es, que a pesar de lo mucho que se ha dicho, publicado e investigado en los últimos cincuenta años (sin olvidarnos de los decisivos avances producidos a partir de la década de los sesenta)–, los estudios sobre el fascismo se encuentran aún en un estadio casi pre-científico. En efecto, “scientific precision is not at present obtainable” –afirmaba el historiador israelí citando a Hugh Seton-Watson (a lo que esta autor añadía “and one may doubt whether it ever will be”)–. Todo lo cual no llevaba a Sternhell hacia el escepticismo, sino hacia todo lo contrario, por mucho que “we cannot for that reason overlook the difficulties¹⁰”.

2. *No somos capaces de definir lo que no vemos (o creemos que no existe o incluso deseamos que no exista)*

Resulta posible afirmar que el actual laberinto de definiciones múltiples y divergentes que restan –o impiden– la utilización del término fascista con un mínimo de precisión científica no obedece a causas –digamos– *estructurales*. Esto es, provocado por la sempiterna dificultad que tiene el lenguaje para dar cuenta y razón de la realidad (sobre todo de las realidades complejas); o bien debido a lo inadecuado de entender el fascismo como un fenómeno político general, al margen de su empleo restrictivo y circunscrito al régimen vigente en Italia entre 1922-1943–; sino que, muy al contrario, dichas causas lo son –al menos, en buena medida– de naturaleza estrictamente *circunstanciales*. Más concretamente, obedece a las fuertes connotaciones emocionales de la

¹⁰ “Fascist Ideology...”, pp. 315-316.

Como este mismo autor sostiene en estas páginas:

“We should remember, however, that is not easier to define democracy: the concepts are too broad for the words. It is highly probable that not single historical example can meet the exacting requirement of a carefully constructed ‘model’ of fascism or of democracy. That is what Professor N. Kogan [“Fascism as a Political System”, en Woolf, S.J., *The Nature of Fascism*, Londres, 1968] may have had in mind when, after carefully constructed a six-point model of fascism, and after drawing many of his examples of fascist thought and practice from the Italian regime, he concludes rather surprisingly that in actual practice ‘Italy under fascism was not a fascist state’. This is indeed true, if Kogan is suggesting that Italy under fascism was not an ideal fascist state, and identical demonstration could be applied to democracy or communism: what is the ideal model of democracy or of communism, what, exactly, are its component parts, and where is it put into practice?” (p 316).

palabra fascismo y –en consecuencia también– a las ideas fijas y estereotipadas que de ahí se derivan.

La empresa de objetivar con un mínimo de precisión los rasgos que definen el fascismo –a fin de evaluar (o de aspirar a hacerlo) lo que ese fascismo vino a significar en el siglo XX– se ha visto extraordinariamente dificultada por la tendencia –convertida en toda una idea fija o lugar común– a ver en la agresividad e irracionalidad del discurso fascista una prueba indiscutible de su escasa o nula *dimensión teórica*. De modo que lo que caracterizaría al fascismo serían unas actitudes negativas de rechazo de la realidad vigente, y la ambigüedad del fascismo –que haría tan extremadamente difícil definirlo con precisión– no sería nada más –ni nada menos– que la manifestación del profundo vacío ideológico que producen unas actitudes incapaces de albergar o generar un proyecto de organización social y político mínimamente coherentes.

La negación al fascismo de una *dimensión teórica* ha sido un presupuesto muy habitual a la hora de evaluar este fenómeno. Según dicho paradigma interpretativo –que, como veremos más adelante, cuenta con la “ventaja” de presentar al fascismo como algo carente de verdadera significación en relación a la historia de nuestro tiempo–, el fascismo no fue en el fondo más que un espantoso *lapsus* en la historia de Europa; Hitler y Mussolini, nada más que unos “aventureros” y unos “oportunistas”, carentes no ya sólo de escrúpulos sino –sobre todo– de principios y de convicciones; el régimen italiano y el régimen alemán, en la medida de que para asentarse hubieron de contar con algún tipo de consentimiento social más o menos amplio –o, al menos, con la complacencia de algunos grupos sociales más o menos extensos–, representaron, en todo caso, un *lamentable accidente*, sólo explicable en función de un conjunto de anomalías y de imprevistos, de malentendidos y de engaños (o de autoengaños).

Como ha afirmado Sternhell, esta manera habitual de entender el fascismo contrasta notoriamente con la clase de razonamiento puesto en liza en el análisis del comunismo¹¹. En efecto, nadie con un mínimo de sentido común –no ya de sentido histórico– tendría la ocurrencia de partir de un meticuloso estudio del marxismo o del leninismo, en su dimensión más

¹¹ “Fascist Ideology...” pp. 316-317

teórica o ideológica, a fin de ofrecer una explicación completa del proceso conducente a Revolución de Octubre. Tampoco resultaría razonable pensar que existe una correspondencia directa, necesaria o automática, y rígida entre las decisiones políticas diarias adoptadas por los dirigentes soviéticos en un determinado período u otro y los presupuestos filosóficos del Marxismo. Todos sabemos que las cosas no funcionan de este modo; que un curso sobre la filosofía de Marx, o de Lenin, o de cualquier otro pensador o intelectual marxista, no nos sirve para desvelar de golpe y en conjunto el enigma político de la URSS, o de la China popular o de cualquier otro país comunista de cualquier tiempo o región del planeta. Sin embargo, nadie con un mínimo de información, sentido común o histórico, concluiría de ello, o bien que el comunismo es un fenómeno sin ideología, o bien que ésta –aunque existente– fue algo incidental y poco relevante. Sabemos a la perfección que no es eso lo que ocurre. La ideología comunista es objeto de una amplia atención para comprender el comportamiento de los comunistas o la lógica –también el sentido– de su organización política o su sistema social.

¿Por qué entonces no proceder de manera análoga cuando tratamos del fascismo? Esta interrogación casi se contesta por sí misma: porque reconocerle al fascismo una *dimensión teórica* supondría admitir la existencia de algún tipo de correspondencia entre el discurso fascista –a pesar de toda su carga de combatividad agresiva– y las condiciones y expectativas generadas en un conjunto más o menos amplio de hombres y de mujeres de la época por la política moderna y la sociedad de masas. Estamos dispuestos a conceder esto al comunismo, a pesar de su violencia, mucho más difícilmente al fascismo, sin duda no menos violento que el comunismo –si bien tampoco claramente *más* violento. El sólo hecho de sugerir esa diferencia de trato entre un fenómeno político y el otro –que en cuanto al empleo de la violencia y de la brutalidad metódica, insistimos, tanto se asemejan entre sí– ha supuesto durante mucho tiempo todo un atentado *contra bona mores*, así como –apunta Sternhell con razón– asumir el incómodo riesgo de acabar siendo acusado “if not of collaborating with fascism or nazism, then at least of evincing toward them a favourable attitude.”¹²

La conclusión anterior, sin embargo, sólo resulta sostenible admitiendo como válido o indiscutible lo que no es más que el producto de una confusión

¹² “Fascist Ideology...”, p. 316.

de planos. Una cosa es llevar a cabo un esfuerzo amplio de comprensión de un conjunto más o menos articulado de razones –para lo cual, como es por otro lado obvio, será preciso liberarse en lo posible de todo tipo de prejuicios o de ideas preconcebidas–, y otra cosa muy distinta otorgar algún tipo de justificación a los valores que las dirigen. Comprender y explicar es una cosa. Proporcionar respetabilidad moral otra cosa muy distinta. Ni una cosa implica la otra, ni la primera conduce con necesidad a la segunda. Que el término fascismo se haya convertido en sinónimo de guerra y acción política fundada en una *inhumanidad calculada* no es –sin duda– ninguna casualidad. Sin embargo conviene recordar que, a pesar de esos rasgos negativos, el fascismo no apareció siempre dotado sólo de esas connotaciones negativas. Durante mucho tiempo, y para mucha gente, el fascismo –a pesar de todo su radicalismo– fue concebido como una esperanza y como una solución reales; como un proyecto constructivo e incluso deseable, mediante cuyo desarrollo o aplicación lo que se podía ganar en un futuro más o menos próximo excedía con mucho a las renunciaciones o sacrificios que podía implicar en un presente inmediato.

Hasta mitades de los años treinta –e incluso, en no pocos casos, hasta bastante más tarde– fue un lugar común, ampliamente compartido en numerosos sectores de la opinión pública occidental, la idea de que Mussolini estaba realizando *maravillas* en su país. Como recuerda Roger Griffin, por aquellos años no escandalizaba (al menos no tanto como sin duda hubiera ocurrido una década después) la letra de aquella canción popular de amor norteamericana que decía: “You’re the tops, you’re the great Houdini. You’re the tops, you’re like Mussolini!” Las tensiones internacionales que condujeron a la guerra; su estallido; el conocimiento (en muchos casos se trató no tanto de conocer cuanto de “reconocer”) de los horrores cometidos principalmente por el Tercer Reich acabó por transformar de manera drástica y duradera la imagen del fascismo (en general, no sólo del italiano)¹³.

Admitir que la realidad en torno al fascismo ha sido, de hecho, históricamente mucho menos unidireccional, simple o contundente de lo que a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial se ha dado por sentado puede

¹³ Roger GRIFFIN, “Revolution from the Right: Fascismo”, en D. PARKER (ed), *Revolutions and...* La cita responde a la versión electrónica de la contribución del citado autor (<http://www.brookes.ac.uk/schools/humanities/Roger/fascrev.htm>, p.5).

resultar incómodo e incluso doloroso. Supone, asimismo, admitir que se trató de un fenómeno mucho menos accidental de lo que se piensa; supone, en fin, entender ese período oscuro de la Historia de Europa, no como un *lapsus*, sino como un punto de llegada lógico y esperable, que contó con unos factores que lo hicieron posible, con un ambiente propicio, con unos valores que permitieron su arraigo y su desarrollo. Del fascismo no serían las únicas responsables –aunque, sin duda, también hubo algo de ello– una minoría de fanáticos y aventureros. En su avance –aún en grado diverso– hubo también otras muchas responsabilidades esparcidas en diversos ámbitos y segmentos de la sociedad de la época. Si esto fue así –como parece, de hecho, “que fue así”– se debió a que el fascismo fue algo más que un discurso destructivo *mal-compuesto* a base de esperpénticos retazos pseudo-doctrinales por una pandilla de lunáticos. El fascismo, a pesar de su indudable radicalismo ultra, supo bien cómo captar voluntades de grupos sociales diversos. Fue, en un grado variado (y siempre en función de un conjunto de circunstancias), asimismo capaz de dar respuesta a unas expectativas y, de este modo, logró forjarse un “electorado”. Ese electorado, en un grado –ya lo hemos indicado– siempre diverso, vio en la violencia política del fascismo, no sólo un instrumento de destrucción, sino –sobre todo– una salida para construir un nuevo orden mediante el cual trascender de manera definitiva los problemas del presente.

Valorar de este modo el fascismo –a lo que, desde mi punto de vista, conduciría la extracción del mejor jugo de la bibliografía más valiosa sobre la cuestión aparecida en los últimos cincuenta años– supone reconocer en él la existencia de un discurso político nuevo y –sobre todo– moderno, no fácilmente asimilable a otros discursos de cierta tradición anterior; un discurso caracterizado por su nihilismo y por la exaltación de la acción y de la violencia metódicas, vinculado a un conjunto de valores y de convicciones presentes en la sociedad occidental –particularmente la europea– de la época. De esos valores y convicciones el discurso fascista no sería más que una de sus posibles proyecciones políticas –si bien una de sus más acabadas– mientras que, a partir de esos valores y convicciones, ese mismo discurso político del fascismo entroncaría con una visión o comprensión teórica del hombre, de la sociedad y de la Historia. En conclusión –según este imagen del fascismo– nos encontraríamos con un fenómeno político dotado de esa *dimensión teórica* que, en ocasiones se la ha disputado; circunstancia –esta última– que tanto ha contribuido a impedir una definición del rostro del fascismo con rasgos precisos. El nihilismo inherente no habría producido en el fascismo un vacío ideológico. Lo propio del fascismo, lo que otorgaría unidad y coherencia a su discurso, incluso un sentido y una cierta lógica a sus

actitudes, comportamientos y acciones, sería precisamente un nihilismo – asumido de manera más o menos consciente, según los caos– elevado a la categoría de toda una ideología.

3. El fascismo: una ideología rival¹⁴

La visión del fascismo como un enigma, como un concepto difuso, difícil o imposible de definir con precisión, tiene mucho que ver con sus valoración a partir del esquema o del paradigma interpretativo de la negatividad; al cual –sin duda– conduce la constatación del nihilismo inherente al fascismo, así como la estrecha identificación de este fenómeno político con la violencia metódica. Sin embargo, a pesar de su carga nihilista o violenta, el fascismo es evaluable asimismo como algo más que la pura negatividad. Si los fascistas se opusieron con todas sus energías a la revolución socialista fue para llevar a término una *revolución distinta*. En este sentido, más que su contrario, quiso ser su competidor. Incluso su enemiga acérrima al liberalismo tuvo mucho más de rivalidad que de una oposición expresada en términos *sólo* de antítesis .

Conceder al fenómeno político del fascismo el *status* de toda una ideología rival al socialismo o al liberalismo cuenta –sin embargo– con una gran desventaja. O, si se quiere, plantea un problema posiblemente para muchos difícil de admitir: supone acreditar al fascismo como una más de las ideologías políticas surgidas de la Modernidad, y –en consecuencia– supone también considerar al fascismo un producto surgido de su mismo sueño e ilusión; esto es, la roturación de un mundo nuevo mediante la transformación cultural del hombre.

Asumir la valoración del fascismo como un producto ideológico de la Modernidad puede resultar –ya lo apuntábamos antes– tan doloroso cuanto

¹⁴ Fue el conocido historiador norteamericano de origen rumano, Eugen Weber, el primero –que tengamos constancia- en calificar el fascismo de “revolución rival” del comunismo. Ver “Revolution? Counter-revolution? What revolution?”, en Walter LAQUEUR (ed.), *Fascism. A Reader's...*, p. 509.

Como se sabe –pues así ha sido señalado por varios autores, este artículo de Weber es una formidable crítica de los presupuestos acientíficos que subyacen a las interpretaciones marxistas del fascismo.

incómodo. Resulta siempre mucho más fácil y reconfortante excluir de entrada, de manera categórica, dicha posibilidad. Sin embargo, una consecuencia inmediata que produce esa suerte de oportuna *estrategia de diversión* (comprensible por otro lado) nos es sobradamente conocida: una aplicación impresionista y subjetiva del término fascista, mucho más apta para calificar la cualidad moral que nos producen determinadas personalidades, ideas o estructuras –muchas veces en función de una ortodoxia subjetivamente prefijada– que para establecer clasificaciones de naturaleza científica –es decir, con pretensión de objetividad y al margen de nuestras convicciones y sensibilidades tanto éticas como morales–. Una situación, por tanto, en la cual la palabra, con sus poderosas connotaciones emocionales y morales, seguiría ganado la batalla al concepto; en la cual la polémica política seguirían campeando a sus anchas sobre el terreno de la serena reflexión crítica. Pero eso sólo sería una primera consecuencia inmediata. Asimismo se podría citar otra segunda –tal vez de mayor importancia (sin duda, desde mi punto de vista, de mayor envergadura)–. La negativa a aceptar que el fascismo fue un producto de la Modernidad, al final, nos impide realizar un verdadero examen de conciencia sobre uno de los episodios más negros de nuestro pasado. Nos impide aceptar –en consecuencia, nos impide también mirar ese problema de cara– que en nuestros valores culturales, en gran medida herederos de esa Modernidad a la cual (seamos o no conscientes de ello) todos pertenecemos, pueden aún estar presentes las semillas que hicieron posible aquella explosión de odio, o que contribuyeron a que se llegase a considerar aceptable para el futuro del cuerpo social el empleo de la violencia metódica. Quiénes estamos convencidos –como lo está quien escribe estas líneas– que no es posible esperar en un futuro a la altura del hombre sin una ejercicio profundo de introspección y juicio sobre los errores del pasado, o de las circunstancias, o de las estructuras de variada naturaleza, que, heredadas de nuestro pasado, condicionan en el presente el ejercicio de nuestra libertad personal – lo cual, dicho sea de paso, sólo es posible mediante el empleo de la razón a través del análisis y de la comprensión–, obviamente también consideramos que la búsqueda de la precisión, también en esta controvertida cuestión, no es sólo una necesidad sino, sobre todo, es una exigencia.

Esa necesidad o exigencia no podría llegar a considerarse como un *wishfull thinking*. Desde comienzos de los años sesenta contamos con una serie de estudios –que, si bien no podrían llegar a ser considerados muy numerosos, sin embargo, apenas sí se podría dudar que constituyen algunas de las aportaciones más valiosas al estudio del fascismo–. Coinciden entre sí en entender el fascismo como algo más que una fase calamitosa, de

intensidad y duración variables, experimentada por un conjunto de países en su marcha –frecuentemente se trató de una marcha o trayectoria accidentada– hacia la Modernidad.

La aparición –en la década de los sesenta– de un conjunto de obras valiosas empeñadas en el estudio del fascismo más allá de un marco específicamente nacional constituyó un primer arranque hacia ese nuevo enfoque de la cuestión. Las dos primeras fueron las de Ernst Nolte, *Der Faschismus in Seiner Epoche*, (Munich, 1963) y, un año después, la de Eugen Weber, *Varieties of Fascism* (Nueva York, 1964). Enseguida siguieron otras (sin pretender ser exhaustivo): Hans Rogger y Eugen Weber, eds., *The European Right: An Historical Profile*, (Berkeley y Los Angeles, 1966), Walter Z. Laqueur y George L. Mosse, eds., “International Fascism 1920-1945”, en *Journal of Contemporary History* I, 1, (1966); Francis L. Carsten, *The Rise of Fascism* (Londres, 1967); John Weiss, *The Fascist Tradition* (Nueva York, 1967); S. J., Woolf, ed., *European Fascism* (Londres, 1968) y *The Nature of Fascism* (Londres, 1968); A. James Gergor, *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism* (Nueva York, 1969). A éstas se unirían otras en la década siguiente –como, por citar alguno de las más relevantes, *Fascism* (Londres, 1973), de Paul Hayes o la debida a Adrian Littelton, *Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929*¹⁵.

Más importancia adquirió la aparición –asimismo en los años sesenta– de un conjunto de títulos y de autores interesados en el estudio del clima cultural europeo previo al surgimiento político del fascismo. ¿Era posible, a partir de ese análisis, hablar, a pesar de sus variantes, de la existencia de unos orígenes intelectuales comunes? Los resultados de estas pesquisas, posiblemente superaron con creces las expectativas que habían llevado a formular la pregunta. El conocido –asimismo muchas veces celebrado, libro de Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair: A Study in the Rise of the Germanic Ideology* (Berkeley y Los Angeles, 1961), sin duda significó un buen comienzo en esa dirección. Sin embargo, sus conclusiones se quedaban en parte a medio camino. Sobre todo debido al empleo del concepto –un tanto paradójico, por otro lado– de *conservative revolution*, que se acuñaba para dar cuenta del fiero ataque dirigido contra el complejo de ideas e instituciones de la civilización industrial, secularizada, y liberal por figuras

¹⁵ Ver STERNHELL, “Fascist Ideology...”, p. 360.

intelectuales como Paul Lagarde, Julius Langbehn o Arthur Moeller van den Bruck. La idealización de los valores tradicionales e históricos de la nación germana que se operó al calor de esa condena lanzada contra “la vida burguesa, el Manchesterismo, el materialismo, el parlamento y los partidos, la falta de liderazgo” no sólo acabó transmutándose en actitudes conservadoras o neo-conservadoras. Ese sentimiento de alienación espiritual frente a la modernidad liberal dio asimismo pié a un nihilismo revolucionario hasta entonces apenas conocido en la sociedad alemana. El rastreo de su estela nos conduce directamente hacia el nacional-socialismo¹⁶.

Es en relación a este último punto como se podría considerar que George L. Mosse, en su *Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich* (Nueva York, 1964) complementaba –y–, desde luego, también completaba– las conclusiones de Stern. Según este autor, el nazismo habría sido todo lo radical que se quisiera pero lo que en ningún caso se podría hacer era tachar de imprevisible el ascenso político de ese partido. La sociedad alemana llevaba ya varias décadas *embebida* en las ideas nacionalsocialistas. Esas ideas habían logrado institucionalizarse a través del sistema educativo, de numerosas asociaciones juveniles, de organizaciones políticas o de grupos de excombatiente... hasta el extremo de haber conseguido un alto grado de respetabilidad, incluso entre sectores sociales insospechadamente moderados y bienpensantes. Aquí radicaba la tesis central de esta obra. Junto a ella se perfilaba otra no menos sugerente: el *fascismo alemán* representaba un caso único en Europa, tanto en virtud de su ímpetu revolucionario cuanto en el de la importancia del componente racista; todo lo cual no conducía al profesor norteamericano a considerar que las raíces de ese radicalismo no estuvieran también presentes a lo largo y ancho de Europa.

Otras obras reseñables aparecidas por aquellos años, asimismo dedicadas al estudio y al análisis de las hondas causas intelectuales propiciadoras del nacional-socialismo, se debieron a Walter Z. Laqueur, *Young Germany. A History of the German Youth Movement*, (Londres, 1962) así como la ya citada obra de Eugen Weber, *Varieties of Fascism*. En ambos casos –y, en consonancia con la posición previamente desarrollada por Mosse– se incidía en la especificidad (*uniqueness*) de la experiencia alemana. Según el primero

¹⁶ Ver pp. XI y XII del prólogo a la citada obra.

de los autores, aún admitiendo la existencia de suficientes elementos ideológicos como para considerar la pertenencia del nacional-socialismo a una familia más amplia de ideas, su elevado grado de extremismo era una razón suficiente para otorgarle la condición de fenómeno singular. Una similar valoración adoptaba Weber cuando, a modo de definición categórica, establecía una suerte de dicotomía entre un fascismo *pragmatically motivated* y un Nacional-Socialismo *theoretically motivated*. Sin duda, esta serie de estudios concentrados en la situación alemana contribuyeron de manera positiva a enfocar el fenómeno fascista desde un ángulo centrado en el análisis de la evolución intelectual de Europa durante la Modernidad. El resultado inmediato consistió en contribuir a poner en claro la profunda significación histórica de ese fenómeno político, así como su vinculación directa con unos diagnósticos precedentes de crisis cultural y con unos esfuerzos dirigidos a superarla. A partir de esas hipótesis resultaba mucho más factible que antes proceder a una definición genérica de un fenómeno que aparecía conectado con la aparición en aquella Europa –una Europa en tránsito de un siglo a otro– de un profundo problema cultural, nuevo y de *fuste moderno*. Sin embargo, en el fondo, no todo era tan positivo.

Un inconveniente serio surgía –de hecho así sucedió– de evaluar el fenómeno político del fascismo, así como su *dimensión teórica* –o bien, el problema cultural al cual remitía– a partir de un concepto genérico demasiado basado en la *impactante* experiencia alemana. Como muy acertadamente ha señalado Sternhell, “[the] success of nazism often obscures the specific characters of the various fascisms.” Las consecuencias de dicho éxito –un éxito obviamente, se entiende, de carácter historiográfico– se ponen claramente de relieve en la tendencia muy habitual a convertir determinados ingrediente ideológicos propios del nazismo (en particular su dimensión racista) –u otros elementos procedentes de su práctica política– en los elementos fundamentales desde los cuales elaborar la imagen paradigmática del fascismo. Los efectos de elevar a categoría general lo que es una particularidad –a veces casi una exclusividad– alemana son dobles y entre sí contradictorios. Por un lado ha producido una suerte de forzamiento de la realidad, consistente en ver presente en esa misma realidad lo que difícilmente resulta perceptible en ella. Un ejemplo que nos puede ser de gran utilidad para ilustrar esa situación nos lo proporciona Paul Hayes cuando, contra toda evidencia, afirma que “el concepto de superioridad racial era un parte constitutiva de la ideología fascista.” El segundo de los efectos es en el fondo un corolario inevitable del anterior. Consistiría en reconocer en el término fascista un valor quasi-analógico, limitado a describir los negativos efectos que produjo en el resto de Europa la experiencia nazi.

Representativo de esta forma de concebir el fascismo sería, por no citar también a Ernst Nolte, H. R. Trevor Roper –asimismo representativo de una escuela de pensamiento que “considera el fascismo como un fenómeno extremadamente limitado en el tiempo y en el espacio, así como el producto de una situación histórica singular”. Para este autor, así pues, “the public appearance of Fascism as a dominant force in Europe is the phenomenon of a few years only. It can be precisely dated. It began in 1922-23... it came of age in the 1930s and it ended in 1945”¹⁷.

De la sobrevaloración del impacto general producido por el triunfo nacional-socialista en Alemania se puede llegar al final –y de manera bastante paradójica– a una devaluación de la significación histórica del fascismo. Este acabaría siendo concebido a modo de un fenómeno político carente de raíces, cuya pujanza externa –al margen de la anomalía nacional alemana– sólo sería realmente atribuible a un conjunto de circunstancias anómalas y excepcionales. Así pues, Mussolini –y otros fascistas europeos–, no hubieran sido tan malos o perversos frente a lo que ellos presentaban como la maldad o la perversidad suma –esto es, la moderna civilización y sus valores burgueses– en el caso de que no se hubiera producido en la Historia ninguna excepcionalidad alemana.

Sin embargo, esta interpretación tan consoladora acerca de cómo pudieron haber ocurrido las cosas casan mal con lo que muchos de los contemporáneos pensaban de ellas. Desde luego fue así en el caso del citado

¹⁷ STERNHELL, “Fascist Ideology...”, pp. 361-362.

Según refiere este autor, tanto Hayes [*Fascism*] como Trevor-Roper [“The Phenomenon of Fascism”, en Woolf S.J., *European Fascism*], representan dos claras manifestaciones del “éxito del nazismo ...[that] very often obscures the specific character of various fascisms.” A lo que añade:

“Trevor-Roper is a representative of that school of modern scholarship which sees fascism as a phenomenon extremely limited in both time and place, and as the product of one unique historical situation. Ernst Nolte’s monumental *Three Faces of Fascism* [título –como se sabe– de la versión en lengua inglesa de *Der Faschismus in Seiner Epoche*] also inclines towards this school of thought (...) [for them] the precursors of fascism are not more than ‘parochial figures’ who ‘in the public history of that time (before 1922) had no place and an historian in 1920 would probably not even noticed them”. Sin embargo, concluye Sternhell, “(...) the view of contemporaries frequently differs from ours; it may be often more accurate.” (“Fascist Ideology...”, p. 362).

Mussolini, quien –al menos en sus declaraciones (por no fijarnos ahora en sus acciones)– no pareció mostrar demasiada preocupación por el grado de benevolencia que llegasen a mostrar los estudiosos “liberales” de la posteridad en sus opiniones sobre su persona –seguramente también porque pensaba que en esa posteridad esos estudiosos liberales no iban precisamente a contar con posibilidad de expresarlas–. Tampoco se corresponden con esa evaluación las no escasas advertencias de ciertos intelectuales u hombres de letras del momento acerca del serio problema político que podía derivarse –o que se estaba derivando– del amplio crédito intelectual, así como de la extensión social, que experimentaban desde hacía algunas décadas determinadas ideas y determinados valores. Uno –desde luego no el único– de los ejemplos más célebres –y más elocuentes– que se pueden citar es el de Julien Benda; concretamente su *La trahison des Clercs*. El texto del profesor francés que reproducimos se ha convertido en célebre:

“Avec un coup d’oeil merveilleux, les littérateurs ont compris vers 1890 –singulièrement en France et en Italie– que les doctrines d’autorité, de discipline, de tradition, le mépris de l’esprit de liberté, l’affirmation de la moralité de la guerre et de l’esclavage étaient des occasions de postures rigides et hautaines infiniment plus propres à frapper l’âme des simples que les sentimentalités du libéralisme et de l’humanitarisme. Et, de fait, les doctrines dites réactionnaires prêtent à un romantisme pessimiste et méprisant dont l’impression sur le vulgaire est bien autrement forte que celle du romantisme enthousiaste et optimiste; la posture d’un Barrès ou d’un D’Annunzio frappe autrement les naïfs que celle d’un Michelet ou d’un Proudhon. Ajoutons que ces doctrines se donnent aujourd’hui comme fondées sur la science, sur la ‘pure expérience’, et permettent par là un ton de tranquille inhumanité (romantisme du positivisme) dont l’effet sur le troupeau n’a pas non plus échappé à la sagacité des gens de lettres. Bien entendu, il ne s’agit ici que du troupeau élégant; le romantisme pessimiste n’a aucune valeur pour le peuple.¹⁸”

¹⁸ *La trahison des Clercs*, París, Bernard Grasset, 1975, p. 208.

La famosa obra de Benda comenzó a elaborarse en 1924, siendo editada por primera vez en 1927. Una segunda edición hizo acto de aparición en 1946, enriquecida con un importante prefacio a cargo del propio Benda. En 1958 y en 1965 aparecieron la tercera y la cuarta edición; esta última, sin embargo, se vio privada de

Ni siquiera Henri Psicari hubiese sabido expresarse mejor¹⁹. Pero, ni Benda, ni Psicari, figuran entre los únicos testigos de ese cambio de *clima intelectual, de pensamiento o de conciencia* –de las tres maneras ha sido denominado– que se vino experimentando en esa Europa de *fin-de-siècle*. No puede resultar, así pues, nada extraño que hayan sido numerosos –por lo menos relativamente numerosos– los investigadores interesados en el estudio de ese cambio. Tampoco las conexiones que, al hilo de esos estudios, se han podido establecer entre la extensión social de nuevos valores, surgidos de una conciencia de crisis cultural creciente, y la conversión del antiliberalismo y el odio a la burguesía –y a su civilización– en el quicio de una nueva ideología política.

En realidad no es necesario ser tan elíptico. Puede ser suficiente seguir con atención el *Varieties of Fascism*, de Eugen Weber. En esta obra –que ya ha sido citada– queda claramente mostrado de qué manera puede hablarse de una ideología fascista; o bien, hasta qué punto dicha ideología hundía sus raíces en el clima intelectual europeo surgido de las últimas décadas del siglo XIX. Eugen Weber es, indudablemente, uno de los autores más relevantes que se pueden citar a este respecto. Pero, desde luego, no es el único. También cabría hablar del también citado Mosse. Aunque en su ya comentada *Crisis of German Ideology* es posible hallar un tratamiento explícito de esta cuestión, en dos ensayos posteriores consigue mostrarse aún más claro y contundente²⁰. El fascismo –tal y como es descrito por este autor– se nos presenta como una consecuencia en el plano político producido por un estado anterior de revuelta cultural. Pero, a su vez, como algo, a pesar de su negatividad evidente en sus formas y manifestaciones, no estrictamente negativo (al menos en relación a sus pretensiones). Ante la realidad vigente,

algunas partes del libro –que no fueron publicadas. Hasta 1975 no volvería a reeditarse la obra. Esta vez íntegramente

¹⁹ Como se sabe, Ernest Psichari, nieto de Renan, fue el autor –entre otras obras– de *L'appel des Armes* (1912). Fue un claro exponente de una generación culturalmente crítica con la civilización liberal y los valores burgueses. Su figura acabaría siendo erigida en todo un símbolo nacional por la Revolución nacional de Vichy.

Sobre Psichari se puede consultar, F. NEAU-DOFOUR, *Ernest Psichari. L'ordre et l'errance*, París, Editions du CERF, 2001.

²⁰ “International Fascism...” y “The Poet and the Exercise of Political Power” en *Yearbook of Comparative and General Literature*, n° 22, 1973.

el fascismo implicaba al mismo tiempo revuelta y alternativa. Estas obras resultan –a mi juicio– determinantes para observar con nitidez y con precisión la naturaleza del fascismo. Pero no son las únicas. Cabría citar, a su vez –pongamos a modo de ejemplo–, a James Joll y a la biografía intelectual que nos proporciona de Marinetti. Una obra, calificada por algún autor, de fundamental para entender el clima intelectual a partir del cual el fascismo emergió²¹.

El contexto del cambio cultural que se produjo en el panorama intelectual europeo desde finales del siglo XIX en adelante nos proporciona las claves para cobrar conciencia de la auténtica naturaleza del fascismo, así como para enfrentarnos –y, tal vez, también para resolver– ese enigma que le envuelve. Detrás del citado enigma del fascismo lo que existe –al menos lo que nos parece que existe– es una gran resistencia a admitir que se trató de una única realidad ideológica dotada de múltiples expresiones políticas; que esa ideología del fascismo gozó de una extensión social amplia –así como de un notable crédito intelectual– en el panorama europeo; que se trató –en fin– de un producto ideológico derivado de una profunda crisis cultural, cuya manifestación más profunda consistió en la dificultad creciente de creer que el hombre traído por la Modernidad estuviese a la altura mínima de las promesas de liberación y de las expectativas de futuro de esa misma Modernidad a la que se combatía.

4. Zeev Sternhell y el “fascismo en positivo”

Es en relación a la existencia de una ideología fascista como hemos de valorar la principal aportación de Zeev Sternhell a los estudios sobre el fascismo²².

Ya en su primera obra, *Maurice Barrès et le nationalisme français*, aparecida en 1972, aparecen formuladas unas tesis que se irían desarrollando –en su caso también completando– a lo largo de los libros siguientes [*La Droite révolutionnaire, les origines françaises du fascisme* (1978) y *Ni*

²¹ *Intellectuals in Politics. Three biographical essays*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1960.

²² Zeev Sternhell es actualmente profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

droite, ni gauche. La idéologie fasciste en France (1983). Las tres obras juntas daría lugar a toda una trilogía extraordinariamente innovadora sobre la cuestión –además de enormemente polémica²³–. Siendo, además, objeto de varias reediciones y traducciones a varios idiomas²⁴.

Las tesis del historiador israelí son generalmente conocidas, dada la gran difusión de su obra. Resulta de interés no obstante recordarlas y detenernos en su comentario y en sus implicaciones²⁵.

²³ Sobre la polémica suscitada por sus tesis puede consultarse, A. C. PINTO, “Fascist Ideology Revisited: Zeev Sternhell and his critics” en *European History Quarterly*, 16, 1986, 465-483.

²⁴ Otras obras posteriores de este autor, cuya consulta también puede resultar de gran utilidad, para seguir sus tesis son las siguientes: *L’Eterne Retour. Contra la démocratie, l’idéologie de la décadence*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1994; *Naissance de l’idéologie fasciste*, París, Fayard, 1994. Además, Sternhell ha publicado en los últimos años unos muy interesantes trabajos sobre la ideología del sionismo y el proyecto nacional israelí. Estos trabajos –entre los que cabe destacar *Aux origines d’Israel: entre nationalisme et socialisme* (París, Fayard, 1996 y 2000)–, aun de temática diferente, no se pueden desligar en su enfoque analítico de las obras precedentes. El mismo autor define la revolución sionista como una revolución nacionalista caracterizada por el alineamiento de Israel a la burguesía y al capitalismo de Estado.

²⁵ Así se manifiesta Sternhell ante la pregunta acerca de la naturaleza del fascismo:

“Je conçois le fascisme comme la forme extrême d’un phénomène idéologique et culturel qui se manifeste par la révolte contre l’héritage de la Révolution française, contre le matérialisme et le rationalisme, contre les principes du libéralisme et contre la conception utilitariste de la société et de l’Etat. En outre, il faut bien préciser que c’est en France que se trouvent les véritables origines idéologiques du fascisme. Il est le fruit d’un rencontre entre le nationalisme intransigeant et la révision anti-matérialiste du marxisme qui se produit au cours des années 1885-1914. Le fascisme consiste en une idéologie de rupture qui se dresse contre le libéralisme et le marxisme, une troisième voie qui entend jeter les bases d’une nouvelle civilisation anti-individualiste, seule capable d’assurer la pérennité d’une collectivité humaine où seraient parfaitement intégrées toutes les couches et toutes les classes de la société” (ver. “Le phénomène fasciste. Entretien avec Zeev Sternhell, <http://www.resistances.be/slogans.html>. Esta entrevista apareció publicada por primera vez en la revista belga *Regards*, Bruselas, 2000).

El hecho de que el fascismo fuese un movimiento político claramente orientado hacia la acción –y, en consecuencia, tendente a regular dichas acciones en función de necesidades prácticas– no quiere decir que fuese un movimiento carente de ideología. Lo que nos vendría a indicar es que la ideología del fascismo fue una ideología estrechamente ligada a la acción política. No sólo de hecho; sino también de manera deliberada. Pues se trató de un producto ideológico derivado de una reflexión intelectual profunda enfocada en la acción política y, a su vez, cifró su fin y su justificación en el fomento a ultranza de dicha acción política.

En esta cualidad de su ideología, el fascismo se distinguió de los comunistas o de los socialistas –servidores de una gran cosmovisión dogmática e inalterable de toda la realidad a la cual debían servir; y quienes, en consecuencia, se vieron constantemente obligados a incurrir en todo tipo de malabarismos e imposturas para justificar la realidad en función de la teoría. No podría decirse lo mismo sin embargo –pensamos nosotros– cuando la comparación se establece con el extenso mundo de los liberales. También en este ámbito se podría hablar de una ideología centrada en la acción. Como consecuencia de un similar proceso de adaptación de la teoría a un cambiante conjunto de necesidades y de circunstancias prácticas, asimismo se produjo –aun con un grado de amplitud infinitamente mayor en este caso– la aparición a lo largo del tiempo de una gran diversidad de escuelas y familias políticas liberales.

En cualquier caso –sostiene Sternhell–, la deriva hacia la acción de la ideología del fascismo explica que su verdadera naturaleza sea mucho más perceptible cuando se analizan sus aspiraciones que cuando se estudian sus acciones. Y, a la vez –y de manera complementaria a la afirmación anterior–, los rasgos ideológicos “esenciales” del fascismo resultan mucho más fáciles de ver en una etapa anterior a una eventual toma del poder por parte de cualquier organización de dicha filiación.

Esa clasificación del fascismo como un movimiento político dotado de una ideología para la acción alcanza sus auténticas implicaciones explicativas

Para complementar estas afirmaciones puede asimismo resultar de utilidad consultar la voz “fascismo” de David MILLER (ed.), *The Blackwell Encyclopedia of Political Thought*, Oxford, Blackwell, 1986, de la cual el mismo Sternhell es autor.

en función de la tesis principal elaborada por el historiador israelí. Su enunciado resulta tan sencillo como enormemente sugerente: si –como es lugar común– habría que cifrar en el choque causado por la Gran Guerra el acontecimiento principal –sin duda también el más importante– que acabó precipitando la aparición del fascismo “como movimiento político”, todos los elementos de su ideología se encontraban por entonces ya plenamente formulados, formando parte del clima intelectual europeo desde hacía décadas –concretamente desde los años 1880-1890-. En una palabra, concluye Sternhell, en vísperas del estallido de la primera conflagración mundial la palabra fascismo aún no existía; lo que de alguna manera sí existía ya era el fenómeno que después designaría dicha palabra. De tal modo sería así que sólo era menester que se produjera una fácil combinación de circunstancias favorables para que dicho fenómeno adoptase sus expresiones políticas definitivas. La ideología fascista, por su parte, sería el resultado inmediato de la grave crisis de valores de la que habría sido objeto la idea de democracia, el liberalismo, y todos aquellos principios sobre los que hallaba sustento la moderna sociedad burguesa. Una crisis que, en razón de su naturaleza, habría que clasificar como una crisis cultural mientras que, en razón de su hondura, adquirió las dimensiones propias de una crisis de la misma noción de civilización.

A partir de estas ideas –que ya aparecieron perfiladas en su biografía intelectual de Barrés– delinea Sternhell a lo largo de sus libros una descripción detallada –aun preferentemente centrada en Francia– de aquel vasto movimiento de pensamiento crítico del *fin-de-siècle*, que sobre todo fue un movimiento cultural de revuelta. De revuelta contra el mundo de la materia y de la razón, contra el materialismo y el positivismo, contra la egoísta y disolvente sociedad burguesa y contra el caos de la democracia liberal. Si la crisis lo inundaba todo, entonces la única salida posible para superarla había de consistir en transformarlo todo (hasta poner ese todo virtualmente del revés).

Pero ese nihilismo de la revuelta finisecular lo fue más de método que de fines. Lo que se buscaba era establecer las bases de un nuevo orden y –en consecuencia– cambiar al hombre por medio de una nueva moralidad. O, dicho de otra manera, a fin de evitar el colapso se buscó una nueva moral secular de salvación para asegurar la continuación de la Historia humana. Esa nueva moral de salvación –se creyó– surgiría del mismo hombre, una vez liberado éste de la falsa chaqueta de fuerza de la moralidad burguesa –expresada en sus ideas y principios, en sus instituciones y estructuras de poder– que lo aprisionaba. Nada de extraño debería resultar que en la visión

del hombre como parte integrante de una totalidad orgánica residiera el núcleo de la filosofía política del fascismo.

Como muy acertadamente expone Sternhell, la generación rebelde de 1890 –entre quienes incluye a d’Annunzio y Corradini, en Italia; a Drumont y el citado Barrès, en Francia; Paul de Lagarde, Julius Langbhen y Arthur Moeller van den Bruck, en Alemania...– cifró esa liberación y salida a la crisis, no en la fuerza del individuo –como había tendido a hacer la generación precedente–, sino en la de la colectividad –ya fuese ésta dibujada con trazos étnicos o raciales o con trazos culturales. Esa opción por lo colectivo en detrimento de lo individual no fue casual. Contribuyó de manera decisiva una atmósfera intelectual europea saturada de biología darwiniana, de estética wagneriana, del racialismo de Gobineau, del psicologismo de Le Bon o de la filosofía de Bergson. La marcha del pensamiento europeo hacia nuevas orillas marcadas por una visión del mundo más compleja que la precedente, menos segura de la autonomía del individuo, del poder de su razón o de su palabra, menos dispuesta a las luces de la moral kantiana (y, en consecuencia, mucho más proclive a fijarse en sus sombras), proporcionó a estos aires de revuelta un sentido y una dirección. No sólo se trató de eso, además – sin necesariamente tener que comulgar con esos afanes– acabó proporcionándoles un sólido crédito ante una sociedad acostumbrada a creer firmemente en la ciencia.

Como ha señalado este autor –si bien no ha sido, ni el único, ni el primero, en hacerlo– la contribución a todo este proceso de parte de científicos y pseudo-científicos sociales fue muy considerable. Ya nos hemos referido al social-Darwinismo, e implícitamente también a la amplia consideración, tanto social como intelectual, que adquirió esta noción a lo largo de las décadas finales del siglo XIX. La *desacralización* del individuo –realizado a través de la negación de la dimensión personal de éste– que suponía el materialismo naturalista del planteamiento darwiniano, aplicado a la interpretación del hombre y del comportamiento social, fue muy notable. La influencia del positivismo no mejoró las cosas. Conceptos tales como ambiente, herencia o raza tendieron a ser entendidos como los factores condicionante en el comportamiento de los hombres y las colectividades sociales. Fue a lo largo de este plano inclinado como la generación de 1890 acabó por interesarse por la psicología y el mundo del inconsciente: una nueva demostración científica de la falsedad del concepto tradicional de hombre –en el cual se habría fundado la tradición humanista–, así como de la idea de que los comportamientos humanos estaban gobernados por la razón. La carga de profundidad que todas estas conclusiones aportadas por la

nuevas ciencias humanas y sociales suponían para la idea de democracia acabó siendo letal. Las consecuencias en el plazo medio –más posiblemente que en el inmediato– fueron asimismo demoledoras. La sociedad burguesa occidental, “montada” sobre unas presunciones que la misma ciencia mostraba cómo infundadas y carente de base, sufría un descrédito intelectual, así como un desarme moral, formidable.

En una palabra, como sostiene Sternhell en su interpretación del fascismo, es un gran error de perspectivas considerar a estos rebeldes culturales –con mucha frecuencia, poco menos que meros pseudo–intelectuales de segundo o tercer rango (aun con algunas excepciones)– relegados en los márgenes de la sociedad; y, en consecuencia, también resultaría ilusorio pensar que el laboratorio de ideas del cual la ideología fascista surgió, aún existiendo, careció de presencia real en esa misma sociedad. En caso de haber sido así, la hipótesis acerca de la naturaleza accidental, y en tanto inopinada, del fascismo aún tendría gran verosimilitud. Sin embargo, esos hombres rebeldes no hicieron en realidad más que componer un menú con los ingredientes que les estaban proporcionando grandes científicos e intelectuales. De ahí el fascismo obtuvo su fuerza, así como la posibilidad de proyectarse políticamente con energía y rapidez relativas. El discurso fascista, a pesar de la agresividad de su tono *enragé*, a pesar de su activismo nihilista, contaba con un significante además de con un claro significado –por supuesto también con un auditorio dispuesto a escuchar–. La fuerza del fascismo residiría, así pues, en aquello mismo que en ocasiones se le ha negado; esto es, en su gran poder de seducción desde una perspectiva ideológica. Fue debido a un clima intelectual preponderante la pérdida de autoconfianza sufrida por la idea de democracia y de libertades individuales, así como el notable ascendente social e intelectual de lo que acabó siendo su principal producto político: el fascismo.

Fue a partir de la religación de la única posibilidad de futuro –para continuar con la Historia– con una visión de un hombre nuevo –así como la identificación de la forja de ese hombre nuevo con la lucha contra la democracia, el parlamentarismo, el racionalismo, el individualismo (esto es con todo el conjunto de instituciones, valores, creencias o estructuras que sustentaban a la sociedad burguesa–, como se hace comprensible la convergencia en un nuevo credo político –eso sí, ambas profundamente transformadas– de la vieja noción de nación y de revolución social. Si esto fue posible se debió –afirma Zeev Sternhell– en otra de sus tesis centrales a que el clima intelectual de fin de siglo incidió de manera decisiva en un replanteamiento –en primer lugar– de la idea de nación, que se situó al

margen de los valores liberales heredados de la Revolución Francesa y de la Ilustración; por su parte –en segundo lugar– la idea de revolución social perdía asimismo el fundamento idealista y racionalista que le había proporcionado el marxismo. Para el historiador israelí, Georges Sorel o Maurice Barrès, cada uno partiendo desde las orillas contrarias, ejemplificarían dicha evolución y dicha síntesis. Años después el mismo Mussolini acabaría siendo un nuevo exponente de este transformador proceso de convergencia. Nada de extraño. Como el citado autor afirma, Mussolini fue uno de los más famosos conversos públicos a esa nueva síntesis nacional–socialista. Pero ni fue la única conversión que se produciría, ni –desde luego– cabría explicar esa conversión desde el prisma del oportunismo. Mussolini, un socialista revolucionario, no dejó de advertir la desintegración progresiva de la noción de lucha de clases como arma de guerra contra la burguesía. La experiencia de la Primera Guerra Mundial –particularmente de su estallido y primeras fases de movilización– fue a este respecto decisiva. El mito nacional aparecía de repente con toda su fuerza movilizadora. Sólo era menester dirigirlo en la buena dirección: la destrucción de la democracia y del liberalismo para el surgimiento de un nuevo orden.

Pero esa fuerza movilizadora contenida en el mito nacional también se podía dirigir hacia otros rumbos. De hecho fue así en el caso de la derecha conservadora. En este caso, lo que se propugnaba no era la edificación de un orden nuevo, sino la restauración de un orden antiguo; en este caso, no se propugnaba tampoco la aparición de un nuevo hombre, ese hombre natural, inédito en la Historia, aprisionado en la cárcel de hierro de la moralidad burguesa. Rescatar de las destructoras garras de la Modernidad –ya fuese ésta burguesa o anti-burguesa– al único hombre posible, cuyos atributos morales sólo podrían venir de la cultura unitaria europea rota por la Revolución, no fue un sueño presente en la ideología subyacente al fascismo. Del nuevo clima intelectual europeo la derecha pudo entresacar argumentos dialécticos nuevos en su guerra contra la Modernidad en nombre de una visión mitificada de una supuesta nación originaria; mientras que de la nueva sociedad de masas, producida por esa modernización tan denostada, también pudo esa derecha –asimismo en nombre de la nación– emplear nuevos métodos, más modernos y eficaces, de movilización política y de intervención social. Sólo en ese último sentido se podría hablar de una *nueva* derecha, distinta de la *vieja*. Ese nexo nacional común –sin embargo– no es suficiente para incorporar sin más al fascismo con la derecha o para confundir el fascismo con ella.

En este punto –para concluir– la posición de Zeev Sternhell es concluyente. Los fascistas y revolucionarios de los años 20 y 30, al margen de su lugar de procedencia, carecieron de las dudas o incluso de las ambivalencias de muchos de los historiadores posteriores. Estos demostraron siempre ser terriblemente conscientes de lo que les separaba de la derecha reaccionaria, vieja o nueva. Pero además esto mismo se podría también decir, con la misma rotundidad, en el sentido contrario. Figuras como el almirante Horthy, el general Antonescu o el Coronel de La Rocque –por no citar a Franco, a Pétain, a Víctor Manuel III o a otros muchos más– eran también plenamente conscientes de sus lejanías con el fascismo. Y no sólo se trató de un sentimiento de alienidad –o de lejanía, decíamos–: los conservadores europeos de la época –incluyendo entre ellos a los más moderados y liberales, así como a los más radicales y reaccionarios (o incluso dictatoriales)–, manifestaron un escasísimo afecto por un movimiento de ruptura como el fascismo, el cual aspiraba a construir un marco social de nueva factura y manifestaba a las claras su profundo desprecio por las reliquias aún existentes de un mundo pasado. El fascismo no tenía nada que ver con la vieja sociedad de los usos tradicionales y de las costumbres consuetudinarias. El fascismo proyectaba toda una ideología revolucionaria que aspiraba a crear un nuevo hombre y, a partir de ahí, a construir una nueva civilización.